

tante de la actual muralla. Hay un derrumbadero de la colina y en él una cavidad muy amplia, que forma la puerta de la gruta. Esta cavidad se enangosta despues, y forma una especie de sala subterránea, como de diez varas en cuadro. Al entrar á la izquierda, hay otra pieza subterránea de menos magnitud que la sala, aunque mas alta, con bóveda natural de la roca, pues toda la gruta está formada de una piedra blanca trasparente y blanda. La altura y amplitud de esta cueva, junto con la memoria del gran Profeta que la habitó, le dan un aire de solemnidad imponente y una magestuosa gravedad. Desde el interior de ella se divisa Jerusalem; y el Profeta de las sublimes lamentaciones, tenia á su vista las ruinas de la ciudad, cuando decia: «*Quomodo sedet sola civitas plena populo! facta est quasi vidua domina gentium!*» «¡Qué solitaria y desierta está hoy la ciudad antes tan populosa! ¡Como una viuda desolada, se encuentra hoy la Señora de las naciones!» Me parecia oír la voz del Profeta y preguntarnos á nosotros, extrajeros que pasábamos, como preguntaba é interpelaba á los transeuntes, en nombre de Jerusalem: «¡Oh vosotros que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!» «*Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus!*» Estuvimos entretenidos un rato con estos pensamientos, y despues fuimos á ver una antigua cisterna muy profunda, que está inmediata á la gruta, y de donde probablemente tomaba agua el santo Profeta. Tanto la gruta como la cisterna estan ahora encerradas dentro de un muro, y custodian el lugar una especie de ermitaños mahometanos, que se hacen pagar bien caro el bacchiz por entrar á ver la gruta. Ya se sabe que siendo discípulos de Mahoma, aunque sean eremitas y finjan santidad, son siempre ávidos y sedientos de dinero.

Satisfecha nuestra lejítima curiosità respecto de la gruta de las Lamentaciones de Jeremías, volvimos á la ciudad, entrando por la puerta San Estéban, que ve al oriente. He dicho ya, que en el lugar del Palacio de Pilatos, donde mostrando al Salvador dijo: «*Ecce Homo,*» hay ahora un convento de las hermanas de Sion. Intentábamos visitarlas y conocer su convento. Las hermanas de Sion como dije antes es una institucion á la manera de las de la caridad, que

tiene por objeto la instruccion y conversion de los judíos. Al efecto, tiene conventos en Tierra Santa, donde reciben niñas judias para educarlas en la piedad cristiana. Estas niñas unas viven de pié en el convento, y otras frecuentan la escuela gratuita que dichas Hermanas tienen abierta. Varias de estas hermanas son judias convertidas, que entendiendo bien el hebreo y el árabe, pueden hablar á las niñas en su propio idioma. Cuando nosotros llegamos á Jerusalem, venian en nuestra compañía cuatro de ellas, que habiendo pasado su noviciado y profesion en Francia, donde está la casa matriz, se dirijian á cumplir su mision en Tierra Santa: dos de ellas, eran judias. Cuando llegamos al convento nos recibieron con muchísima amabilidad; pues aunque así lo hacen con todos los que visitan su casa, con nosotros se añadía la circunstancia de ser ya conocidos, como compañeros de viaje. Nos enseñaron su casa que todavía no se acababa de fabricar. La capilla va á quedar precisamente donde la tradicion asegura que Pilatos mostró al pueblo á nuestro Señor Jesucristo, como lo refiere San Lucas, (1) «Y levantándose luego todo aquel congreso, le llevaron á Pilato. Y comenzaron á acusarle, diciendo: «A este le hemos hallado pervirtiendo á nuestra nacion y vendando pagar los tributos á César, y diciendo que él es Cristo ó el unguido rey de Israel.» Pilato pues le interrogó diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?» A lo cual respondió Jesus: «Asíes como tú dices.» Pilato dijo á los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: «Yo no hallé delito alguno en este hombre.» Pero ellos insistieron mas y mas diciendo: «Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí. «Pilato oyendo Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo. Y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Heródes, que en aquellos dias se hallaba tambien en Jerusalem, remitióle al mismo Heródes. Este, olgöse sobre manera de ver á Jesus; porque hacia mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que habia oido de él, y con esta ocasion esperaba verle hacer algun milagro. Hizole pues mu-

(1) Cap. 23, versos del 1.º al 25.

chas preguntas; pero El no le respondió palabra. Entre tanto los príncipes de los sacerdotes, y los escribas persistían obstinadamente en acusarle. Mas Heródes con todos los de su séquito le despreció; y para burlarse de él, le hizo vestir de un ropa blanca y le volvió á enviar á Pilato. Con lo cual se hicieron amigos aquel mismo dia Heródes y Pilato que antes estaban entre sí enemistados. Habiendo pues Pilato convocado á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados, juntamente con el pueblo, les dijo: «Vosotros me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí, que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningun delito he hallado en él, de los que le acusais. Pero ni tampoco Heródes, puesto que le remití á él, y por el hecho se ve, que no le juzgó digno de muerte. Por tanto despues de castigado, le dejaré libre. Tenia Pilato que dar libertad á un reo cuando llegaba la celebridad de la fiesta de la Pascua. Y todo el pueblo á una voz clamó diciendo: «Quítale á éste la vida y suéltanos á Barrabas.» El cuál por una sedicion levantada en la ciudad y por un homicidio habia sido puesto en la cárcel. Hablóles nuevamente Pilato con deseo de libertar á Jesus. Pero ellos se pusieron á gritar, diciendo: «Crucifícale, crucifícale.» El no obstante por tercera vez les dijo: «¿Pues qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él delito ninguno de muerte; así es que despues de castigarle, le daré por libre.» Mas ellos insistían con grandes clamores pidiendo que fuese crucificado; y se aumentaba la gritería. Al fin Pilato se resolvió á otorgar su demanda. En consecuencia, dió libertad, como ellos pedían, al que por causa de homicidio y sedicion habia sido encarcelado; y á Jesus lo abandonó al arbitrio de ellos.»

Doce niñas hierosolimitanas reciben la educacion como internas. Nos las enseñaron, y todas fueron á recibir la bendicion del Sr. Arzobispo: entre tanto, yo no me cansaba de admirar el poder y eficacia de la religion católica, que con su ingeniosa caridad, ha conseguido que en el mismo lugar donde los judíos pedían á gritos desaforados la sangre de nuestro Señor Jesucristo; donde mismo lo habian desconocido y renegado, diciendo que no reconocian mas rey que al César; hoy estas buenas Hermanas y estas inocentes niñas des-

cedientes de aquellos mismos que pidieron la sangre de nuestro Salvador, bendigan á nuestro Señor Jesucristo, lo reconozcan por su Rey, su Salvador y su Dios, y hagan resonar con sus inocentes y suaves voces, cantando las alabanzas de nuestro Redentor, este mismo lugar que retumbó con la horrible gritería de sus enemigos sedientos de sangre. ¡Oh religion católica! ¡Aunque yo no tuviera otras pruebas de tu verdad, este solo milagro bastaria para reconocer tu divinidad y celestial origen! Subimos al terrado ó azotea del convento, desde donde se goza de una magnífica vista de toda la ciudad. Despues nos enseñaron su oratorio provisional mientras concluyen la capilla que hoy se fabrica: en el altar está una magnífica pintura del «*Ecce Homo*» en trasparente, que iluminada por la parte posterior, produce un bellissimo efecto óptico. Despues del refresco y café, nos llevaron á ver un subterráneo que han descubierto recientemente, fabricando el convento. Es una especie de ambulatorio que desde el palacio de Pilatos, se dirige hácia el templo. No se ha descubierto aun el término, pero se conjetura que era una comunicacion secreta entre esos dos edificios: Nos despedimos de las edificantes Hermanas, y como memoria de nuestra visita, nos regalaron á cada uno, un vistoso mosaico hecho con flores del jardin de Gethsemany, disecadas y pegadas con goma en una hoja de papel. ¡Buenas Hermanas! Dios nuestro Señor ha de bendecir vuestros caritativos esfuerzos, para convertir á vuestros pèrfidos compatriotas; y el bello espectáculo que presentan tan heroicas virtudes, en un lugar manchado con la ingratitud é infamia de vuestros antepasados, jamas se borrará de mi memoria.

Martes veintiuno de Octubre, tuve el consuelo de celebrar la santa misa en el altar que los padres franciscanos tienen en el Calvario, en el lugar de la crucifixion. *Misa de Passione Domini nostri Jesu Christi.* ¡Qué bello, que conmovente y consolador es celebrar la memoria y representacion del sacrificio del Calvario, en el mismo lugar donde se verificó! A las ocho de la mañana, teniamos que ir al Seminario, que el Patriarca de Jerusalem tiene, á tres leguas de la ciudad, para formar los jóvenes que aspiran al estado eclesiástico. El Vicario del Patriarca habia tenido mucho empeño en que el Se-

ñor Arzobispo visitara dicho establecimiento. Yo fui tambien á acompañarlo. Nos fuimos por el mismo camino de Bethlehem hasta la tumba de Rachael; de allí en vez de tomar el camino de la izquierda que lleva á Bethlehem; tomamos el de la derecha; descendimos á un valle cubierto de un bosque de olivos; y despues de una subida suave, llegamos á la poblacion llamada Betyala donde está situado el Seminario. Las campanas de la pequeña Iglesia contigua al Seminario, anunciaron con su repique que llegaba el Señor Arzobispo y Vicario general del Patriarca. Los catedráticos á la cabeza de los colegiales (vestidos con manto y beca) salieron á la puerta á recibirlos; y despues de saludarnos, nos condujeron á la capilla donde acompañados con el órgano, cantaron el *Te Deum*. Despues nos enseñaron toda la casa; notable por el orden y aseo que reina en todas partes. Veinticinco jóvenes árabes reciben en esta casa la instruccion necesaria para las sagradas órdenes; varios estan ya ordenados de diaconos ó subdiaconos, y cuando reciban el presbiterado irán á las varias poblaciones de árabes á predicar el Evangelio en la lengua del país. Uno de los primeros cuidados, es cultivar la piedad cristiana en estos jóvenes, y al efecto ese mismo día que nosotros los visitamos, iban á entrar á unos ejercicios espirituales que cada año reciben, segun el método de San Ignacio. Nos sirvieron una buena y sencilla comida, con pan hecho segun el modo árabe. Es una especie de tortilla de harina, cocida, no en horno, sino como se hacen las tortillas de maíz en nuestro país. Por la tarde nos dieron una especie de concierto, y una de las cosas que cantaron con acompañamiento de piano, fue un himno en honor de los mártires del Japon, hecho por un leguito español franciscano, ciego de nacimiento, muy inteligente en la poesia y en la música. Nos volvimos á Jerusalem á las cuatro de la tarde.

Jueves veintidos, dije misa en la Iglesia del convento de San Salvador. Oí la misa conventual oficiada por quince ó veinte niños árabes que frecuentan la escuela del convento. ¡Que dulce impresion recibia mi corazon, al oír el melodioso canto de estas inocentes criaturas, en la misma ciudad donde los niños de los hebreos, entonaron hace mas de diez y ocho siglos el «*Hosanna filio David*» el día de la solemne en-

trada de nuestro Señor Jesucristo en la ciudad! Por la tarde fuimos á rezar el *Via Crucis* en los mismos sitios correspondientes á las catorce estaciones. Todos los peregrinos practican esta devocion y los turcos y judios que la presencian casi todos los dias, se han acostumbrado ya, y no hacen ninguna demostracion hostil como antes lo ejecutaban. Nosotros hicimos por nuestra parte lo que pudimos para venerar los distintos sitios, en que tanto padeció nuestro amado Salvador. Comenzamos en la casa de Pilatos, con la consideracion de la sentencia de muerte pronunciada en aquel mismo sitio contra el Autor de la vida. Que profunda impresion, que santo terror, que encendidos afectos se sienten en cada estacion, cuando se escucha el penetrante «*aquí*» aquí mismo lo sentenciaron, le cargaron la cruz, aquí cayó la primera vez, aquí mismo encontró á la Santísima Virgen que venia por esta calle á la mano izquierda: por aquí venia Simon Cirineo cuando lo obligaron á ayudar con la cruz á nuestro Salvador, segun lo refiere San Lucas. (1) «Al conducirlo al suplicio echaron mano de un tal Simon natural de Cyrene que venia de una granja y le cargaron la cruz para que la llevara en pos de Jesus. Seguíale gran muchedumbre de pueblo y de mugeres, las cuales se deshacian en llanto y le plañían. Pero Jesus vuelto á ellas les dijo: «Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque presto vendrán dias en que se diga: dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes. Caed sobre nosotros; y á los collados: sepultadnos. Pues si al arbol verde lo tratan de esta manera, ¿en el seco que se hará?» Eran tambien conducidos con Jesus á la muerte dos facinerosos. Llegados que fueron al lugar llamado Calvario ú Osario allí le crucificaron y con él á los dos ladrones uno á la diestra y otro á la izquierda. Entre tanto Jesus decia «Padre mio perdónales que no saben lo que hacen» y ellos poniéndose á repartir entre sí sus vestidos, los sortearon. El pueblo lo estaba mirando todo y á una con él los principales hacian befa de Jesus, diciendo: «A otros ha

(1) Capítulo 23, versos del 26 al 37.